

# EL DEFENSOR DEL OBRERO

ALREDEDOR DEL  
PROBLEMA SOCIAL

## La clase media

La llamada cuestión social, que con detalles y circunstancias extensas diferentes es tan antigua como el mundo, y que ha atravesado épocas más graves que la actual, como al final de la república romana, en que quedó resuelta por el advenimiento de los Césares, que fueron su consecuencia, y en el siglo XV, hace que sólo se hable de obreros y de pueblos en el sentido de proletariado, como si fuera esa clase aunque digna de atención, la única existente y el fundamento del cuerpo social y del mundo civilizado.

Nada más opuesto a la verdad y a la realidad de las cosas. El fundamento, la base, el nervio y el alma, todo a la vez, de una sociedad y de una nación es su clase media, y, en un grado tal, que no vacilamos en decir que ella es la nación misma, que tiene como agregados útiles, pero accesorios y de menor importancia la aristocracia y el pueblo.

La nacionalidad más fuerte, vigorosa e indestructible que ha existido y existe sobre la tierra es la judaica, que sólo tiene y casi no ha tenido nunca otra cosa que clase media. Cuando los hebreos formaban Estado, el pueblo, propiamente tal estaba casi enteramente constituido por los extranjeros, de cuyos derechos y de la caridad con que debía tratárseles tanto se preocupó Moisés. La aristocracia estaba representada por los saduceos que como hojas arrastradas por el viento desaparecieron al hundirse con Jerusalén y el templo el Estado judaico. En cambio su clase media, formada por aquellos fariseos de corazón duro, en la parte de esa clase que no reconoció al Mesías Nuestro Señor Jesucristo, es la que ha atravesado lo que restaba de edad antigua, toda la edad media y la moderna hasta nuestros días, en los que, con los artesanos israelitas de todo el mundo, apenas podría formarse una pequeña villa. Obreros no tienen.

Muchas repúblicas griegas no

tuvieron verdadera aristocracia ni casi pueblo, cuya función social era desempeñada por los esclavos. También algunas repúblicas italianas de la edad media y del Renacimiento, carecían de artesanos y de soldados propios, cuya falta se suplía con extranjeros, sin que la nación respectiva sufriese nada por ello.

Con soldados extranjeros a sueldo realizó nuestra Patria en Europa las portentosas hazañas de los siglos de oro, ya que los elementos populares eran absorbidos por la colonización de América, y, sin embargo, aquellas hazañas eran genuinamente españolas, y nadie dudó nunca de su carácter de tales, a pesar de la frase entonces corriente de que nunca se habían visto en Europa 6.000 españoles juntos.

Y es que españoles eran el pensamiento, el espíritu, la dirección y el mando, en que el artesano español y menos el obrero, para nada intervenía.

La clase media es el hombre de negocios, el banquero, el oficial del Ejército y de la Marina, el funcionario y el empleado público, el catedrático y el maestro, el industrial, el comerciante y el hombre de gobierno, el ingeniero y el escritor, el abogado y el médico y todos los que en general ejercen esas profesiones llamadas liberales, que agotan las fuerzas más que los oficios manuales, y que no tienen seis, ocho ni doce horas de trabajo, sino todas las horas que son necesarias para que el trabajo sea hecho.

Ellos son la fuerza viva de la nación misma; y la riqueza, cultura, patriotismo, moralidad y demás excelencias y virtudes de una nación se miden exclusivamente por el grado de desarrollo que en su clase media alcanzan, y tanto más fuerte y poderosa será aquella cuanto más potente, fuerte y rica sea su clase media, sin que ni la aristocracia y el pueblo tengan en ello la menor influencia.

La clase media es el verdadero pueblo nacional, y a ella se refiere la palabra pueblo en su sentido general y propio en las frases; el pueblo español, el pueblo romano, la soberanía descendiendo de Dios al pueblo, etc.

Sin esa clase no son posibles ni Nación ni Estado, que aunque

con imitación y sustituciones, pueden existir sin pueblo y sin aristocracia. Sin esta última, en el sentido que en Europa se da a esa palabra, existen todas las naciones de América, excepto una, en que la creó la antigua Monarquía.

Los sindicalistas odian a la clase media o burguesía en la persona de ingenieros, directores y patronos, sin comprender que sin los grandes manejadores de negocios, sin los fundadores y mantenedores de Empresas, fábricas y minas, sin los grandes inventores sin los investigadores del laboratorio y del estudio, ni la vida sería lo que es, ni disfrutaríamos de la comodidades y facilidades de que, en mayor o menor grado, todos gozamos; ni los obreros, ejecutores materiales, tendrían donde ganar un jornal y, por tanto, la mayor parte de ellos ni siquiera habrían nacido, pues es ley biológica que la vida y la población no se extienden, a veces en sociedades corrompidas ni siquiera a canzan, mas allá de donde llegan las posibilidades de la misma.

En esa clase media es en la que deben apoyarse los Gobiernos para su gestión directiva y a las necesidades y penurias de las bajas capas de esa clase, mucho más necesitada que la clase obrera y con menos medios de acción y defensa que éstas es a las que deben, en primer término, atender los gobernantes y los sociólogos que por ahí pululan, y que si se ocupan preferentemente de los obreros es por un sentimiento inconfesable: el del miedo a peligros de que ellos son los únicos culpables por haber venido apoyando para su medro personal y su encumbramiento, no las legítimas aspiraciones del pueblo noble y honrado, dignas de atención y respeto como las que más lo sean, sino las bajas pasiones del populacho en su parte más soez y que menos tiene de verdadera clase obrera.

G. F. Y.

## “El Dulcamara” (CUENTO VIEJO)

Habitaba un galeno,  
que apesar de saber y de ser bueno,  
no podía evitar de ningún modo

el comerse la manga por el codo;  
porque si bien el pueblo le quería,  
la paga puntualmente no corría;  
con lo cual, dicho está que muchas ve-

(ces

pasaba sus apuros y estrecheces;  
llegó en esto a la villa,  
pregonado por grande maravilla,  
un audaz dulcamara,  
con unos polvos de virtud tan rara,  
que según él a gritos evidencia,  
curabau de raiz, toda dolencia;  
novelera la gente,  
aun sin saber quién era diligente,  
acudió a sus conjuros,  
llenándole el bolsón de pesos duros;  
un día, en fin, que por oír sus latas,  
la plaza se llenó de papanatas.  
el médico, discreto,  
el bravo charlatan habló en secreto:

—Cosa es que no adivino,  
que sea tan diverso nuestro sino;  
pues yo, habiendo estudiado,  
y a más, la Medicina practicado,  
sostengo con el hombre cruda guerra,  
y por veros, la gente, se destierra;  
sin que sepáis más de esto,  
que puede un albañil de hacer un cesto;  
al punto, el truchimán, con arrogancia,  
y dándose importancia,  
dijo al doctor:—Quisiera  
que usted aquesta duda me abreviara;  
¿Cuántos en esta plaza congregados,  
de sentido común están dotados?

—Todo lo más, repuso el avicena,  
calculo que serán media docena.

—Pues, esos, replicó el dulcamara  
si la ocasión llegara,  
llamarían a usted como clientes.  
¡Y los míos lo son las demás gentes!  
Aquí tiene explicada mi fortuna,  
y por qué como yo, y usted ayuna,  
La lección fué elocuente, aunque sea-

(cilla:

No solo en la tal villa,  
sino en el mundo entero,  
la fama y el dinero  
no coronan del sabio los afanes,  
galardonan a rudos charlatanes.

F. VILANOVA.

## Estudios Sociales

### NOCTURNO INVERNAL

Visión de muerte. Frialdad tremenda se nota por doquier. Las aves suspendieron sus dulcísimos arpegios, porque el frío posó sus reales en la tierna garganta de los pequeños cantores. Los árboles, como espectros gigantescos, desnudos del ropaje que les hermoseara durante las demás épocas del año, anuncian al viadante la caducidad de la vida humana. Los hielos y la escarcha empanaderan a tierra, y las nieves violetas de blanco sudario las crestas de la montaña. Las lluvias, enfangaron los caminos, y el cierzo helado cortió el rostro del rudo campesino. Todo es silencio.